

### **Revolución 1**

El título y la idea de este Diálogo me salieron indirectamente a principios de este año, cuando una se tiene que fijar en el cambio de fecha que viene con el año nuevo, mientras estaba distraída intentando escribir algo. De pronto, ante la cifra siete, me acordé de que en 1987 habíamos empezado la docencia de postgrado en Duoda; y conté los años. No me podía creer que fueran tantos, y pensé que teníamos que celebrarlo.

No estaba previsto celebrarlo con un Diálogo magistral. Este ya había aceptado darlo Luisa Muraro, que había dado el primero en 2006, pero ocurrió que en marzo pasado se desdijo porque no se veía con fuerzas para sostenerlo. De modo que el treinta aniversario de docencia libre ininterrumpida en Duoda lo celebramos esta tarde con este encuentro.

Docencia libre ¿de qué? Intentaré presentarlo en la sucesión y en la confluencia de las ganancias, los deseos y los conflictos que he o hemos ido viviendo durante estas tres décadas, y yo soy capaz de recordar.

Cuando empezamos en 1987, éramos unas pocas historiadoras indocumentadas relativamente jóvenes, que teníamos un deseo más grande que nosotras: queríamos tener alumnas en un Centro no docente sino de investigación: un deseo raro en la universidad, al menos entonces. Queríamos que en la universidad la docencia y la investigación estuvieran unidas. Queríamos que comunicara y floreciera la savia, la autoridad femenina que genera la relación docente/disciente cuando la profesora puede, en el aula, intentar enseñar la libertad haciendo que su propio enseñar sea una experiencia de libertad.<sup>1</sup> La experiencia de libertad se contagia. Como le dijo Hadewijch de Amberes en el siglo XIII a una amiga

y alumna en una carta: “Querida mía, todas las cosas hay que buscarlas con lo que ellas mismas son: la fuerza con la fuerza, la astucia con la astucia, la riqueza con la riqueza, el amor con el amor, el todo con el todo, y, así, siempre, las semejantas con las semejantas: esto basta, nada más.”<sup>2</sup>

En nuestras clases en la Facultad, la experiencia de libertad al enseñar, no salía. Yo sabía decir ya entonces que tenía que dejar mi sexo en el umbral del aula al entrar, y recogerlo al salir. Sabía que no podía ni sabía hablar como mujer aunque explicara, como explicaba, historia de las mujeres en todas las asignaturas que me tocaba dar. La docencia, así, se hacía fatigosa, intrincada, sombría, aunque me diera satisfacciones, ocasionalmente grandísimas. Pero era una carga, como cuando en la administración hablaban con naturalidad de “la carga docente” de cada profesora o profesor.

También para el alumnado era una carga. Tomaban muchos apuntes, a mano entonces, sin apenas levantar la cabeza, y se llevaban a casa sus hojas repletas que sustituían pobremente a la autoridad femenina que habría podido transformar sus vidas y que yo no generaba. Creo que de María Zambrano he aprendido que cada alumna o alumno lleva a la universidad su pregunta, su única y gran pregunta, pregunta todavía indecible sobre su vida, sobre la vida, con la esperanza de poder llegar a formularla a lo largo de la carrera, a lo largo de sus estudios. La formulación de esta pregunta depende de la autoridad femenina que se genere en las aulas. Si no se genera, su paso por la universidad será una especie de pesadilla fálica, como describió Lia Cigarini su propia experiencia de alumna de Derecho a finales de los años cincuenta del siglo XX.<sup>3</sup>

¿Por qué yo no generaba autoridad? Porque no tenía independencia simbólica ni estaba en camino de obtenerla, ya que no sabía lo que era. Sentía que había un obstáculo,

del tipo de la gran piedra de Sísifo que se dice que él empujaba cada día hasta la cima de la montaña y, al llegar, ella sola se volvía a caer abajo. Yo no alcanzaba a ser la Señora del Juego, esa *Domina Ludi* por cuya fe y adoración fueron quemadas en la hoguera Sibila y Pierina en Milán en 1390.<sup>4</sup>

¿Qué quiero decir con independencia simbólica? Lo intento con un ejemplo.

Imagínate un aula de segundo curso de la licenciatura de Historia en los años ochenta. Una asignatura general, obligatoria. Por la tarde/noche. Mucha gente, mujeres y hombres ya no jóvenes que llevaban todo el día trabajando pero tenían mucha ilusión por estudiar una carrera universitaria y, por ganas, por deseo, le hacían tiempo. Yo, explicando un tema de historia de las mujeres con el paradigma y las fuentes de las que disponíamos allí entonces: la historia social y las fuentes jurídicas y de aplicación del derecho. Lo que ese paradigma y estas fuentes me dejaban decir hablaba de prohibiciones masculinas y opresión femenina, imposibilidad de hacer. Un día me sorprendí dándome cuenta de que las mujeres salían de la clase derrotadas, mientras que los hombres sonreían furtivamente satisfechos. El enfado que sentí entonces me salvó.

Fue la contradicción entre la libertad de cátedra y la independencia simbólica lo que yo llevé a Duoda. Y en Duoda todo cambió. Cambió seguramente ya en el postgrado de Historia de las Mujeres que preparamos con muchísima ilusión para el curso 1987-1988. Y cambió definitivamente, sin posibilidad de vuelta atrás, en el máster, cuya primera edición empezamos en el momento en el que fue académicamente posible, lo cual pasó al año siguiente, en el curso 1988-1989.

La contradicción estaba en que yo creía encontrar historia de las mujeres en las fuentes que impedían su

existencia, y palabras para decirla, para decir esa historia, en el lenguaje historiográfico del patriarcado, por más progresista que fuera, o precisamente por eso. El producto que salía estaba muerto, porque la libertad femenina no vivía ahí.

Para una historiadora feminista, esta contradicción era una cuestión de vida o muerte. Y no exagero. Pasados muchos años y al final de mi vida académica, puedo decir, ahora con certeza porque ya lo he dicho antes, que sin Duoda y particularmente sin la docencia libre de Duoda yo no habría podido sobrevivir en la universidad.

¿Qué es lo que cambió? Entonces, mientras iba ocurriendo, solo supe decir que cambió mi lugar de enunciación. Hoy diría que cambió, y bastante rápido porque la necesidad era grande y el movimiento político de las mujeres muy fuerte, mi/nuestra colocación simbólica. La piedra de Sísifo seguía estando allí, pero cada una de nosotras dio un paso lateral, cada una en su momento y a su modo, y esquivó la piedra. Esquivar es una acción rápida y decisiva de la política de lo simbólico.

¿Qué es lo que cambió en la clase? En primer lugar, su composición humana: las alumnas y algún alumno (que hemos tenido casi siempre), su entusiasmo. Cuando abrimos el plazo de preinscripción al primer programa, el postgrado en Historia de las Mujeres, esperábamos 10 o 15 alumnas. En la primera semana, se preinscribieron 120. Las organizadoras, que éramos unas indocumentadas porque íbamos a explicar lo que no habíamos estudiado aunque habíamos leído y discutido mucho, entramos en pánico. Lo resolvimos metonímicamente, como solemos hacer las mujeres; o sea, contando las sillas disponibles en el aula más grande de las dos que había en nuestro edificio de la calle Brusi 61, y poniendo en su cifra, que era unas 60, el límite de la matrícula, el *numerus clausus*, como se decía entonces, y nosotras todavía necesitábamos decir en latín, una lengua muerta, para engañar el miedo. Así

tomamos conciencia de que habíamos tocado algo mucho más grande que nosotras, algo que es la disparidad de lo real y con lo real, aunque todavía no supiéramos llamarlo así. Me detengo en esta anécdota por lo que tiene de ejemplo de lo poco que se necesita para fundar, para hacer una fundación femenina: sin andamios, sin seguros, sin organigramas: solo con un pequeño grupo y un deseo y una necesidad grandes.

Queríamos tener alumnas y las tuvimos en abundancia. Y eran “tales cuales yo las pintaba en mis deseos”, como escribió Teresa de Jesús hablando de su primera fundación, San José de Ávila, hecha con ella y cuatro más.<sup>5</sup> Nuestras alumnas eran casi todas feministas y lo habían leído todo; así, nos dieron a las profesoras una medida altísima de lo que nuestras clases tenían que ser, sacando lo mejor de nosotras. No sin conflicto, y grave. Bastante pronto, ellas se sublevaron contra las asignaturas que apenas hablaban de mujeres, amenazando con poner barricadas en la calle Brusí si algunas profesoras no salían del programa. Tras mucho hablar, sufrir y dialogar, algunas salieron al darse cuenta de la enormidad de la apuesta en la que ya no deseaban participar porque la habían imaginado menor.

Aprendimos también de la enormidad de la apuesta cuando el director del Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI) al que pertenecía entonces Duoda, que todavía no era centro de investigación sino una sección autónoma del CEHI y se llamaba Centre d'Investigació Històrica de la Dona (CIHD), un verano mandó llenar hasta el techo de cajas de papeles y libros la segunda aula en la que dábamos nuestro máster y que necesitábamos, porque entonces el programa, de dos cursos como ahora, empezaba cada año y las nuevas alumnas ya estaban matriculadas. Llegamos a una situación crítica pero conseguimos que el vicerrector de entonces, dándose cuenta de la amargura del hombre ante lo femenino libre, mandó vaciar el aula.

¿Cómo cambiamos las profesoras? Partiré de mi experiencia. Escarmentada por lo ocurrido en la Facultad, empecé cambiando de fuentes. Esto fue fácil: me embebí en textos de mujeres, textos latinos en buena parte, que conocía pero no había estudiado nunca o casi nunca. E hice una selección de diez porque eran diez las clases que tenía que dar. Eran textos medievales, por ser mi especialidad, y titulé la asignatura *Textos y espacios de mujeres. Europa, siglos IV al XV*. El usar solo textos de mujeres fue la primera acción política esencial: decían ellas, no se trataba de algún otro, de los muchos que hay, que hablara de ellas o sobre ellas, aunque fuera bien. Lo esencial de la acción es el reconocer que las mujeres somos el mundo entero y que, si te gusta que lo sean, si te gustan las mujeres y confías en ellas y en lo que ellas hacen y dicen, incluidas bastantes cosas absurdas, esto te puede dar felicidad y anchura vital, librándote de muchas de las cargas echadas sobre tus hombros por el conocimiento universitario masculino, cargas tipo guerras, cruzadas e imperios. Esto lo hemos podido hacer en Duoda porque en el feminismo aprendimos que hay bastante más libertad disponible de la que una (y sobre todo, uno) se suele tomar.

Lo verdaderamente difícil fue la interpretación de las fuentes, que consistía ni más ni menos que en hablar como mujer,<sup>6</sup> en interpretar la historia como mujer y escribirla como mujer. ¿Por qué fue difícil? Porque tienes que cambiar de entrañas, y esto es lentísimo aunque, como compensación, es irreversible. Hay que arrancarse una por una, fragmento a fragmento, las adherencias internas tercamente construidas en lo más íntimo de ti, que es la lengua, por la enseñanza reglada (cuyo acceso, encima, es un privilegio social y como tal lo vives), adherencias construidas -decía- para incomunicar en la medida de lo posible el orden simbólico de la madre, que es la lengua materna y la voz que tenemos para decir.<sup>7</sup> Y tienes que arrancar solo las adherencias, no los conocimientos aprendidos, que siempre sirven, aunque sean de guerras, cruzadas o imperios. Las adherencias

son los métodos, los caminos trazados y trillados por el patriarcado para excluir a la madre, única garante de lo simbólico. Quitadas, sorteadas o salvadas las adherencias, reaparecen tus entrañas y es posible la epifanía de la realidad, el mostrarse de la realidad con palabras u otros signos, o sea, es posible hacer simbólico.

Yo empecé mi proceso de hablar como mujer en el máster sometiendo los textos de mujeres a las preguntas del feminismo. Mi plan era este: dejar atrás el paradigma de lo social y guiarme por el feminismo. Y fracasé. Fue una crisis terrible, una orfandad. ¿Por qué fracasé? Porque los textos femeninos no respondían a las preguntas del feminismo. ¿Qué quiero decir con esto? De nuevo, intento explicarlo con un ejemplo.

Hay una cosa en muchos textos de mujeres, todavía en el siglo XX pero mucho más en la Europa cristiana, medieval y moderna, que desespera y pone en jaque a una feminista. Es la cantidad de palabras, rodeos, explicaciones introductorias, prólogos y *captationes benevolentiae* que las autoras colocan antes de ponerse finalmente a escribir, a decir lo que tiene que ser dicho por ellas. Lo hacen tanto Hugelburc hacia el año 700 como María Zambrano en el siglo XX. Algunas escritoras, como las trovadoras o las místicas teólogas en lengua materna no lo hacen, pero muchísimas, sí. Hablan de la debilidad de su sexo ante la tarea que comienzan, hablan de su inadecuación, de su miedo a escribir, y piden a quienes lean indulgencia y paciencia. Como os podéis imaginar, justo lo que una feminista no querría oír jamás. Yo buscaba potencia y grandeza femeninas; ellas me contestaban con sus dudas, con el fantasma del bloqueo de la escritora, con un temor y temblor que acrecentaban el mío. Y no quería traicionarlas sino ser fiel a ellas y a sus escritos: quería ser capaz de transmitir en clase intacto y virgen lo que ellas habían querido decir. Y que las alumnas opinaran, valoraran. No quería hacer lo que había hecho, por ejemplo, la traducción feminista de *La*

*Ciudad de las Damas* al francés actual, que había recortado lo femenino para que la obra resultara feminista. No quería más forzamientos.

La respuesta me vino de una medievalista, Maria Teresa Fumagalli Beonio Brocchieri, que se dio cuenta de que, en todas esas declaraciones de debilidad y de pequeñez, las escritoras no se estaban midiendo con el hombre sino con Dios. Era yo la que las medía y comparaba con el hombre, la que ponía al hombre en el lugar de Dios, un lugar que debe quedar vacío. Era el feminismo de la igualdad en mí lo que me inducía a error. El desbarajuste interior fue tremendo. Y pronto, también, fue tremenda la felicidad, el alivio, la risa, el agradecimiento: el ¿cómo puedes ser tan idiota? ¿No te has hartado de decir que en esa Europa el lenguaje político era el cristianismo? Fue una revolución simbólica que me sacó definitivamente del paradigma de lo social.

Y, entonces, cambié las preguntas. O, mejor, poco a poco dejé de hacer preguntas, depuse las armas y dejé que hablaran los textos, que sus autoras me dijeran. Para, así, transformarme yo al compás de la grandeza de las autoras a las que decía que reconocía autoridad, puesto que las estudiaba. De modo que el patriarcado en mí decayera del todo y yo dejara de hacer muy bien las cosas equivocadas.

Así fui perdiendo la vergüenza de ser mujer, de no ser hombre, una vergüenza que tenía sin saberlo y que venía de la educación en la igualdad. De tanto oír que puedes y deberías hacer todo lo que los hombres hacen, llegas a relegar tu ser mujer, dejando de cultivarlo hasta que se queda enano y problemático, asfixiado por tanto deber ser. ¿Cómo vas a hablar como mujer si tu serlo se ha quedado atrofiado? En los másteres de Duoda he aprendido una cosa que ha sido y es importantísima para mí. Es que el orden simbólico de la madre no espera. Es decir, no lo puedes dejar a un lado pretendiendo que siga vivo en ti mientras te entregas al régimen patriarcal de significado



para adquirir conocimientos con poder. Como las plantas, sin amor, frecuentación y riego la lengua materna se atrofia. Cuando vuelves a casa, ya no está, ya no se encuentra.

Es precisamente aquí, yo pienso, donde encajan los másteres de Duoda. Aman a ese ser atrofiado o raquítico abrumado por el esfuerzo imposible de la igualdad y lo cultivan, reanudándolo, desbloqueándolo, oreándolo. A poner en palabras esta vivencia y a vivirla con conciencia política me ayudó un párrafo de la Introducción al libro de Luisa Muraro *Guillerma y Maifreda. Historia de una herejía feminista*, que leí en la mesa de novedades de la Librería de mujeres de Bolonia en 1987, para ver si lo compraba. Dice: “En quienes se le acercaron, así como en los hechos e ideas asociados con su nombre, es posible vislumbrar el signo dejado por su potencia humana femenina. Intentar leer esos signos era lo más accesible para mí y es, además, lo que considero más importante para mi sexo: significarse”.<sup>8</sup>

Precisamente el significarse, el significarnos mujeres (u hombres) es lo que vuelve libre la docencia en Duoda. El reanudar el significarse de esa niña (ese niño) que se quedó a la espera. No es un largo camino. Es un camino breve y de sobresaltos. Está hecho de revoluciones simbólicas, que son instantáneas, como los caminos reales y los atajos del ser.

## **Revolución 2**

La segunda gran revolución simbólica en la docencia libre en Duoda se dio en 1996, con la publicación del texto *El final del patriarcado*, de la Librería de mujeres de Milán.<sup>9</sup> Yo lo traduje enseguida y se publicó entero en la Llibreria Pròleg y, reducido, en la revista política *El viejo topo*; luego se publicó también en catalán, traducido por Meritxell Soler i Cos. Este texto perfecto nos permitió ir liberando la docencia de Duoda precisamente del patriarcado,

del patriarcado como enemigo y de lo masculino como referente, de ese fantasma que ya no vivía en nosotras y no nos habíamos dado cuenta. Quedó atrás la economía de la miseria femenina y se coló en el centro de la mirada la libertad femenina, entendida como una libertad distinta, no reducible ni tampoco contraria a la libertad masculina; como “libertad relacional que encuentra en otro vínculo, intercambio y medida”, en palabras de Lia Cigarini.<sup>10</sup>

*El final del patriarcado* provocó enseguida conflictos y rupturas en el feminismo. Unas lo recibimos con saltos de alegría,<sup>11</sup> otras abandonaron inmediatamente el pensamiento de la diferencia porque sin el referente del patriarcado no podían vivir. Muchas aducían, pasmadas: pero ¿cómo podéis decir que el patriarcado ha terminado con la cantidad de violencia contra las mujeres que hay en el mundo? ¿No estáis contribuyendo a perpetuarla, ocultándola? Poco a poco, fuimos encontrando respuestas. Para mí, en clase, fue importante el atreverme a preguntar: ¿alguien tiene un patriarca en casa? En el máster, todas contestaban que no. Y empezaban a entender el mensaje. Pero añadían, escépticas: y en África, en la India, en América Latina ¿te atreverías a hablar de final del patriarcado? Sí. Porque aparte de que en África puede haber tantos patriarcas como en Europa, lo importante es que tanto allí como aquí los actos patriarcales los vivimos ahora como un delito, como una injusticia. Ya no hay impunidad para el patriarca en el corazón de nadie, ni siquiera en el suyo, ya que ahora a veces se suicida después de matar a su mujer. Su delito no tiene olvido ni perdón.

Entre las mujeres de Duoda, la noticia del final del patriarcado fue recibida con estupor. Era el verano de 1995. Organizamos una cena con Clara Jourdan, que estaba de visita en Barcelona. Éramos unas 12 o 15. Cuando nos dijo que en la Librería de mujeres de Milán estaban preparando un *Sottosopra* con ese título, el final del patriarcado, nos echamos a reír a carcajadas, incrédulas. Como suele ocurrir con las grandes invenciones simbólicas femeninas, bordean

el ridículo, siendo esta una de sus maneras de dejar de ser impensables. Al cabo de un rato de negaciones, más risas y gritos, entendimos, y fue un chorro de felicidad que hizo un corte en el terreno, como los templos.

Consecuencia lentamente madurada del *Sottotopra rosso*. *El final del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad*, fue una innovación muy importante en la docencia de Duoda. En 2007 dejamos el máster en Estudios de las Mujeres y empezamos otro en Estudios de la Libertad Femenina, presencial como el anterior. Encargamos algunas asignaturas nuevas, otras muchas las modificamos las profesoras teniendo en cuenta, ahora ya muy documentadas y como señoras del juego, que lo que buscábamos en todas ellas no era algo que reivindicar sino indicios y expresiones de la libertad femenina. Recordando, con la mística beguina Hadewijch de Amberes, que la libertad se busca con la libertad, no con la opresión ni con la denuncia de la opresión. Porque “las armas del amo no modificarán nunca la casa del amo”.<sup>12</sup>

Entretanto, las alumnas llevaban ya tiempo vivificando la investigación en Duoda, investigación de cuyos resultados el máster se nutría. El propio nombre de Duoda se lo debemos a ellas. Duoda se llamó primero de hecho, extraoficialmente, el primer grupo de investigación que fundamos unas cuantas historiadoras, profesoras y alumnas, en 1988. Yo explicaba la vida y la obra de Dhuoda en el postgrado de Historia de las Mujeres y en los primeros másteres en Estudios de las Mujeres. La explicaba como autora que escribe como mujer de la maternidad, del amor, de la educación y de la pérdida. Dhuoda fue una noble de lengua materna germánica, muy culta, del siglo IX, condesa consorte de Barcelona y marquesa de Septimania. Tuvo dos hijos, Guillem y Bernat, que le fueron arrebatados de pequeños por el padre para usarlos de rehenes en sus luchas por el poder en la corte carolingia de Aquisgrán. Ella, para que los niños se sintieran amados y para poder sobrellevar su dolor,

para que la recordaran y para que se educaran como ella quería, les escribió, en latín, entre el año 841 y el 843, un libro titulado *Liber manualis Dhuodane* (*Libro manual de Dhuoda*), manual en el sentido de que lo pudieran llevar en la mano y lo tuvieran a mano. Ella temió siempre por la vida de sus hijos en las guerras de su padre, y ocurrió efectivamente que el mayor fue decapitado en Barcelona hacia el 850, llevando al parecer el manuscrito de su madre, del que se copiaría en el siglo XI el códice más antiguo que conservamos y que se guarda en la Biblioteca de Catalunya.

Las alumnas reconocieron y descifraron enseguida el valor sentimental y político del libro de Dhuoda y de su figura, tan cercana a nuestra experiencia a pesar de la teología, de la que no sabíamos ya apenas nada. Por eso pusieron su nombre a todo lo que íbamos fundando, y a sí mismas como investigadoras, que acabaron llamándose *Duodes*. Primero al *Projecte Duoda*, nuestro primer grupo de investigación, que perdura, con sus cambios, todavía hoy, y del que salió una obra importantísima, *Palabras clave de historia de las mujeres en Cataluña (siglos IX-XVIII): una propuesta de tesoro*,<sup>13</sup> que unos años más tarde sería el fundamento de la Biblioteca Virtual de investigación y Docencia Duoda (BViD), otra de las grandes obras de profesoras y alumnas (como el *Hortus deliciarum* de Heralda de Hohenburg en el siglo XIII), biblioteca diseñada entre 2003 y 2005, fundada en 2007 y abierta a la consulta libre en la red en 2011 <[www.ub.edu/duoda/bvid/](http://www.ub.edu/duoda/bvid/)>. También la revista, que publicamos semestralmente desde 1990 y de la que acaba de salir el número 52, una revista cuyo primer número llevaba el nombre tentativo de *Papers de Treball*, pasó en el número 2, de 1991, a llamarse *DUODA*. Y el propio Centro, cuando fue reconocido como Centro de Investigación en 1995, tomó el nombre de Duoda.

Es significativo que una de las primeras cosas que hicieron las alumnas de los másteres de Duoda fuera

nombrar; es decir, que se significaran libremente haciendo política de lo simbólico.<sup>14</sup> Y lo hicieran cuando se había graduado solo una promoción del postgrado y una del máster. Ellas se dieron cuenta enseguida de que la política de lo simbólico es una política nueva, distinta desde su raíz de la política de reivindicación de derechos, sin ir en contra de esta. Consiste, como he dicho, en significarse: significarse leyendo libremente los signos que ha dejado en el tiempo la diferencia sexual (que es la diferencia humana primera), y trayendo esos signos al lenguaje que requiere el presente. Captaron lo que había escrito Carla Lonzi en un pequeño manifiesto de 1970:

“¿Quién ha dicho que la ideología es mi aventura?  
Aventura e ideología son incompatibles.  
Mi aventura soy yo.”<sup>15</sup>

También es significativo que el nombre elegido por las alumnas fuera el de una madre, escritora, teóloga y educadora que había sufrido una de las violencias más terribles del patriarcado, y había salido de ella por arriba, por todo lo alto, nombrando su realidad para no sucumbir ante su dureza; y nombrándola políticamente en relación con otra mujer. Los nombres y la escritura, o sea, el hacer simbólico, conectan todavía hoy a la Dhuoda del siglo IX con las Duodas de ahora. Una y otras nos absolvemos con la práctica de la relación y con la palabra u otros signos de los delitos de los patriarcas y sus guerras, en tiempo de Dhuoda en el Imperio carolingio, ahora en otros imperios. Escribió Dhuoda:

“Pues aunque yo sea indigna y frágil, esté exiliada,  
enfangada y atraída por lo más bajo,  
está conmigo, sin embargo, una consorte amiga  
y fiable, para absolver los delitos de los tuyos.”<sup>16</sup>

### **Revolución 3**

En 1997 hicimos otra fundación para responder a necesidades de las alumnas y también a la revolución

técnica que se estaba imponiendo en el mundo común, esa revolución informática iniciada en el siglo XIX por la matemática Ada Byron (luego Ada Lovelace, 1815-1852). Pensamos un máster *online* en Estudios de la Diferencia Sexual. El título y la idea lo teníamos claro. La técnica, mucho menos. Pero salimos adelante con la práctica de la relación. Nos pusimos en contacto con una profesora de Económicas que había fundado el único máster *online* que existía entonces en la Universidad de Barcelona, un máster en Comercio Internacional, y nos fuimos orientando. En Duoda, la idea de un programa *online* respondía a una necesidad que teníamos desde hacía tiempo: era la demanda de mujeres de fuera de Barcelona que querían hacer el máster. Habíamos ido respondiendo con tutorías por correo jalonadas por encuentros personales de profesoras y alumnas en la sede de Duoda, y vimos que la vía internet podía ser mucho mejor, sobre todo para alumnas de América Latina. Lo trabajamos durante dos años, lo probamos durante uno, y lo inauguramos en el año 2000. Este máster nos ha traído amigas en muchísimos sitios.

Al principio tuvimos miedo de que la falta o la escasez de presencia pudiera dañar las relaciones, especialmente entre mujeres. La gran pedagoga que es Anna Maria Piussi recuerdo que aceptó dar una asignatura con ciertas reservas por este motivo. Y sin embargo, la potencia relacional femenina resultó ser más poderosa que la distancia y la falta de presencia. La propia Anna Maria Piussi escribió unos años después, en 2007, en la revista *DUODA*: “Me retracté enseguida de algunos lugares comunes que yo misma cultivaba desde que irrumpieron en nuestras vidas las tecnologías informáticas [...]; sin darme cuenta me encontré inmersa en un ambiente ‘cálido’, mucho más cálido que las fugaces relaciones con las/los estudiantes que vemos cara a cara en nuestras aulas universitarias. No solo esto. La necesidad de comunicar a través de la escritura, y solo de ella, en un contexto didáctico tan especial, me llevó a descubrir

que la ‘oralidad de retorno’ en la que estamos inmersos también a causa de las tecnologías telemáticas no anula la escritura sino que la contamina, muchas veces vivificándola [...] en una aventura abierta a lo imprevisto.”<sup>17</sup>

Ese contexto didáctico tan especial que propicia una aventura abierta a lo imprevisto fue y es posible, en mi opinión, gracias a una decisión política muy poco económica que tomamos en Duoda desde el principio y que hemos mantenido siempre. Una decisión sencilla pero esencial que es la de que son las propias creadoras de la asignatura las que tutorizan directamente a las alumnas y alumnos. Pensamos que nadie como ellas podían enseñar y comentar lo que habían escrito, fuera en presencia u *online*. Y así ha sido. Es una característica poco común en los másteres universitarios a distancia, y fue acogida con muchas críticas por algunos gestores de la universidad, que nos auguraron un fracaso económico inmediato. No ha sido así, porque nuestro deseo era y es la enseñanza, no el lucro. Y la enseñanza es fecunda: nunca hemos estado en déficit.

¿Por qué? Porque el contacto personal directo y continuado entre profesoras y alumnas o alumnos con la mediación de la escritura que parte de sí, de ti, genera autoridad femenina, por encima de las técnicas telemáticas. Es impresionante ver cómo nos transformamos mutuamente a lo largo del curso profesoras y alumnas, como explicó, con la grandeza que le caracteriza, Diana Sartori en el Diálogo Magistral del año pasado. Es la autoridad femenina lo que le permite a una mujer intervenir en la batalla por lo simbólico que se libra en el presente para decir el sentido de la vida y de las relaciones, de la realidad. Es esto lo que intentamos enseñar en el máster de Duoda, desde el principio, aunque muy a tientas entonces: lo que Diana llamó el año pasado una “maestría de libertad sobre el saber mismo”.<sup>18</sup> Los beneficios, profesoras y alumnas los obtenemos en

alegría, en orden simbólico y en felicidad, una palabra esta que curiosamente nos fue prohibida hace pocos años entre los descriptores del máster por una vicedecana que no la consideraba científica. Si le valió a Emily Dickinson, que sabía de ciencia positiva y de ciencia divina. Escribió en el poema 170:

¡Es tanta la alegría! ¡Es tanta la alegría!  
Si yo fracasara ¡qué pobreza!  
Y sin embargo, tan pobre como soy,  
¡He arriesgado todo a una tirada!  
¡He ganado! ¡Sí! he Titubeado tanto -  
¡A este lado de la Victoria!

¡La Vida no es sino Vida! ¡Y la Muerte, sino Muerte!  
¡La Felicidad no es sino Felicidad, y la Respiración sino  
Respiración!<sup>19</sup>

Un número significativo de alumnas y exalumnas de Duoda nos han dicho en los últimos treinta años que su experiencia del máster les ha cambiado la vida. Y que se la ha cambiado en términos de su propia felicidad. Esta es la principal ganancia que celebramos.

¿Cómo hemos podido, si la mayoría de las que sostenemos Duoda tenemos otro trabajo a tiempo completo en otro lugar, dentro o fuera de la universidad, y como hijas, amas de casa y a veces madres? Respondo con las palabras de una Preciosa del siglo XVII, amante y esposa de Luis XIV, Madame de Maintenon, en una carta a Madame de Brinon: “El rey se lleva todo mi tiempo; yo doy el resto a Saint-Cyr, a quien querría dárselo todo”.<sup>20</sup> Saint-Cyr era su fundación, su deseo, su pasión: una escuela de chicas pobres y de buena familia en el distrito de Versalles. Sin saberlo, también nosotras sabíamos que el resto del tiempo puede ser inconmensurable.

Muchas gracias.



Palabras clave: Máster en Estudios de la Diferencia Sexual - Duoda - Libertad femenina - Educación libre.

Keywords: Master in Studies of Sexual Difference - Duoda - Feminine Freedom - Free Education.

**notas:**

<sup>1</sup> Luisa Muraro, “Enseñar la libertad”, *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 26 (2004), pp. 77-83.

<sup>2</sup> Hadewijch, *Poesie Visioni Lettere*, selección y trad. italiana de Romana Guarnieri, con los textos originales, Génova: Marietti, 2000, pp. 112-113 (carta 7); hay trad. castellana, menos afortunada, en *Flores de Flandes*, Madrid: BAC, 2001, p. 76.

<sup>3</sup> Lia Cigarini, *La política del deseo*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Icaria, 1996, p. 144.

<sup>4</sup> Luisa Muraro, *La Signora del gioco. La caccia alle streghe interpretata dalle sue vittime*, 2ª ed., Milán: La Tartaruga, 2006, (1ª ed., Milán: Giangiacomo Feltrinelli, 1976).

<sup>5</sup> Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, I.1.

<sup>6</sup> Laura Mercader Amigó, María-Milagros Rivera Garretas, “Hablar como mujer. Una elección”, “Jornadas Radicalmente Feministas” (Barcelona, 3, 4 y 5 de junio de 2016), Barcelona: Xarxa Feminista de Catalunya, 2017, pp. 35-38; Eaed., *Parlar com a dones. Una elecció*, *Ibid.*, pp. 35-38.

<sup>7</sup> Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid: horas y Horas, 1994; Diotima, *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, Milán: La Tartaruga, 1992.

<sup>8</sup> “In coloro che l'avvicinarono, come nei fatti e idee associati al suo nome, è possibile scorgere il segno lasciato dalla sua potenza umana femminile. Tentare di leggere quei segni era la cosa piú accesibile a me ed é insieme la cosa che considero piú importante per il mio sesso: significarsi.” (Luisa Muraro, *Guglielma e Maifreda. Storia di un'eresia femminista*, Milán: La Tartaruga, 1985, p. 9; *Guillermo y Maifreda. Historia de una herejía feminista*, trad. de Blanca Garí, Barcelona: Omega, 1997).

<sup>9</sup> Librería de mujeres de Milán, “El final del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad”, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, *El viejo topo*, 96 (mayo de 1996), pp. 46-59 y Barcelona: Llibreria Pròleg, 1996; Llibreria de dones de Milà, *El final del patriarcat. (Ha succeït i no per casualitat)*, trad. de Meritxell Soler i Cos, Barcelona: Llibreria Pròleg, 1998. También en Eaed., *La cultura patas arriba. Selección de la revista 'Sottosopra' (1973-1996)*, Madrid: horas y Horas, 2006, pp. 185-225.

- <sup>10</sup> Lia Cigarini, “Libertad femenina y norma”, *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 8 (1995), pp. 85-107.
- <sup>11</sup> Luisa Muraro, “Salti di gioia”, *Via Dogana. Rivista di politica*, 23 (1995), p. 3.
- <sup>12</sup> Cit. en mi *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona: Icaria, 1994, 174; una traducción algo distinta en Audre Lorde, *La hermana, la extranjera*, trad. de María Corniero, Alba V. Lasheras y Miren Elordui Cádiz, Madrid: horas y Horas, 2003, p. 118.
- <sup>13</sup> Duodes, “Paraules clau d’història de les dones a Catalunya (segles IX-XVIII). Una proposta de tesauro”, *DUODA. Revista d’Estudis Feministes*, 12 (1997), pp. 13-67; *Palabras clave de historia de las mujeres en Cataluña (siglos IX-XVIII). Una propuesta de tesauro*, Ibid., pp. 69-113.
- <sup>14</sup> Sobre esto se puede ver mi “La política de lo simbólico en el Centro Duoda”, *DUODA. Revista de Estudios Feministas*, 17 (1999), pp. 121-135.
- <sup>15</sup> Cit. en Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, trad. de M<sup>a</sup> Cinta Montagut Sancho con Anna Bofill, Madrid: horas y Horas, 1991, p. 104.
- <sup>16</sup> En mi “*Está conmigo, sin embargo, una consorte amiga y fiable*”: *el Manual de Dhuoda, un libro de amor en la distancia y en la pérdida*, en VV. AA., *La Relació. Documents 2000-2008*, Barcelona: Universitat de Barcelona, 2009, pp. 73-74.
- <sup>17</sup> Anna Maria Piussi, “De ida y vuelta. Dar un rodeo con la escritura en un máster online”, *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual*, 32 (2007), pp. 49-56; pp. 52-53.
- <sup>18</sup> Diana Sartori, “Volver a pensar, con otras, en lo que hacemos”, *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual*, 51 (2016), pp. 18-56; pp. 41-43, pp. 55-56.
- <sup>19</sup> Emily Dickinson, *Poemas 1 - 600. Fue - culpa - del Paraíso*, prólogo, traducción y lectura de los poemas en español de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas. Edición bilingüe. Madrid: Sabina editorial, 2012, p. 187.
- <sup>20</sup> Cit. en: Iaia Vantaggiato, *Quel che resta del tempo*, en VV. AA., *La rivoluzione inattesa. Donne al mercato del lavoro*, Milán: Pratiche editrice, pp. 37-63; p. 37 (trad. de Carolina Ballester Meseguer, Madrid: Narcea, 2001).